

Don Milani: En los días del Concilio

PEDRO M.^a GIL

«Antes de que existiera la escuela popular faltaba... un sustrato sobre el que fundamentar su razonamiento más elevado.

Allí faltaba hasta la lengua digna de un hombre. Aquí, en parte, también faltaba la lengua, pero lo que sobre todo faltaban eran intereses dignos de un hombre.

Ambas cosas sólo han podido crearse con la escuela.

Por eso la escuela es para mí tan sagrada como un octavo Sacramento. De ella espero (y a lo mejor ya la tengo en la mano) la llave, si no de la conversión, porque es un secreto de Dios, sí de la evangelización de este pueblo.»

Lorenzo Milani fue un cristiano apasionado.

Vivió su infancia y su primera juventud en la especialísima circunstancia italiana desde 1923 a 1943: el hundimiento de los modelos de vida soñados en el XIX, el irse ajustando las estructuras sociales a los nuevos sistemas económicos, la implantación del fascismo y su crisis culminada en la guerra, las tensiones dentro de la Iglesia por

despegarse de paternalismos y comprender los tiempos nuevos, la ilusión esteticista o científica, el hedonismo de su propio grupo social burgués.

Se convirtió durante los días de la guerra. Conversión, sí, que ésa era la palabra que él usaba. No se trató de ningún trauma violento, puntual, magnífico. Fue la culminación del proceso que ya llevaba varios años gestándose en su interior. Comprendió que sólo el Evangelio y el sacerdocio podían dar sentido a la percepción que tenía de sí mismo y de su mundo. Y se entregó con pasión a su vida de seminarista en aquellos momentos finales de tanto, forzosamente incapaces de comprender lo nuevo.

Vivió siempre por delante.

La segunda mitad de su vida, hasta su muerte en el 67, transcurrió en dos parroquias: San Donato, Calenzano, afueras fabriles de Florencia; y Barbiana, aldea de montaña, no lejos de la capital. Ya en Calenzano se encontró con lo que sería la clave de su vida de sacerdote: la escuela.

Importa subrayarlo. Para él la escuela no fue un lugar, un empleo en el que invertir horas ociosas de su quehacer personal. Don Milani quiso ser siempre cura y solamente cura. Su objetivo o su norte estuvo en el Señor, en el servicio pastoral a sus parroquianos. Pero al verse ante ellos y ante El, se encontró con una tremenda e insalvable distancia entre la Palabra de Dios y las palabras de los hombres. Se encontró con que el Evangelio era casi imposible: en el lenguaje, el de los demás y el suyo propio, no existían los mínimos antropológicos.

Fue consciente de que, si el Evangelio había de ser algo real, sería porque los hombres lo encontrarán en sus vidas todos los días. Sabía de la Encarnación de Dios. El suyo era un Dios ciertamente trascendente, de aquí y del más allá. Que establecía más allá de todo la referencia de este mundo. Pero que todo pasaba por Jesús, hijo de María, mujer. Por eso vivió tratando de mostrar a los hombres cómo en sus propias vidas nacía Dios constantemente. Y eso implicaba otro lenguaje: sólo si los hombres vivían la relación entre su existencia y sus palabras, entre sus importancias y su cultura, entre su trabajar y su

esperanza, entre la vida y los periódicos, entre las historias y la historia... sólo en ese caso podían enterarse ante la llamada de Dios.

Lógicamente, a sus ojos, la escuela era el Octavo Sacramento.

Y, a partir de ahí, el sentido común.

Allí donde vivió, entre el joven proletariado urbano o entre los muchachos de la montaña, buscó conocer las estructuras reales y subterráneas de la realidad. Trató de disponer una escuela al servicio de tal conocimiento. Cuando en lo convencional encontraba estructuras de apoyo en su proyecto, las aprovechó; en el caso contrario prescindió de ellas, a la vez con serenidad y violencia.

Ante todo encontró que el método mismo de la escuela convencional se basaba en el individualismo competidor. Le pareció que la escuela cultivaba la fragmentación de todo lo comunitario: cada alumno era responsable exclusivo de su propia suficiencia ante el examen, y la ciencia se descomponía en elementos dispersos e inhumanos consagrados por programas estancos. Entonces, debía establecer otra escuela. Debía poner como criterio máximo el que cada uno era por lo menos tan responsable del éxito ajeno como del propio. Y debía, para ello, redefinir las ciencias como puntos de vista diferentes pero simultáneos para la solución de las situaciones vitales.

Encontró también que el objetivo de la escuela era llegar a un diploma y que en tal diploma contaba la capacidad para el éxito económico. Por eso debió establecer otro objetivo para el curriculum. Debió ponerse a enseñar a sus chicos que tan digno podía resultar el barrendero como el ingeniero. Tal vez, incluso, a los ojos de su corazón, lo era más el primero que el segundo. Porque en él, en su calidad profesional, no había lugar para el orgullo o para la dominación de los demás. El criterio no era ya el dinero sino la solidaridad. Merecía, pues, el aprobado quien saliera de la escuela con voluntad y experiencia de comprometerse en la relación, en las estructuras de la animación social y política.

Lógicamente, todo ello le debía llevar a reconstituir la metodología, la didáctica. Echó mano de lo audiovisual, de lo activo en el aprendi-

zaje de los idiomas, de la correspondencia interescolar, de la presencia de maestros ocasionales, de saberes oficialmente inútiles, del trabajo de la escritura colectiva, de la lectura de la prensa, de la ampliación o mutilación del curso llamado escolar en función del clima y los viajes, de los grandes temas ocasionales en la cultura, la política, la religión.

Todo fue surgiendo del sentido común, de su enorme creatividad, aplicados a su ministerio sacerdotal. Y en función de una situación concreta. Por eso, por cierto, se equivocan quienes al verle le consideran desde el punto de vista de su aplicabilidad en otro ambiente. Encuentran entonces, bien pronto decepcionados, que todo aquello le fue posible por vivir, en Barbiana por ejemplo, en lugares que no llegaban a cien habitantes. Le miran desde la ciudad o desde la escuela graduada, en lugar de hacerlo desde su espíritu.

El Evangelio, el sentido común. Hay un tercer factor: la encarnación en el entorno.

Don Milani vivió siempre entre los pobres. De ese modo, tanto su cuidado por hacer presente a Dios como sus hallazgos educativos, estuvieron firmísimamente sostenidos por la primera de las bienaventuranzas.

Porque su pertenencia a un entorno social no fue la del diletante o la del teórico. No consideró el entorno desde un punto de vista teórico, desimplicado, como quien ve un método o situación empleables para llegar a otra cosa. Para este modo de ver, la sociedad es algo exterior a uno mismo, tanto que la pertenencia presentaría el mismo sentido referido a un grupo o clase social como a cualquier otro.

En esto don Milani era beligerante. No podía pertenecerse, como cristiano, a una sociedad más que a la de los pobres.

«Querido Padre:

Gracias por su carta. Los chicos y yo nos ponemos muy contentos cuando llega una carta de solidaridad de un sacerdote.

Le incluyo una copia íntegra de nuestras dos cartas por si acaso no hubiese tenido todavía ocasión de verlas enteras. «Aggiornamenti Sociali» me ha pedido publicarlas. Será una alegría penetrar en todas las bibliotecas de los Seminarios y de los Conventos.

Espero verle un día aquí arriba. Si me hicieran dar escuela a los hijos de los ricos, objetaría. No se puede dar escuela sin amar y no se puede amar a un muchacho sin amar su familia y no se puede amar a una familia sin amar su mundo. Pero el mundo de los ricos no se debe amar. Por lo tanto, es preciso objetar antes de enamorarse del primer muchachito hijo de ricos.

De tal forma estoy convencido de esto que le digo, que consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese hecho escuela veinte años a los hijos de los ricos y no se hubiese convertido todavía en un reaccionario. Así como consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese vivido veinte años entre los hijos de los pobres y no se hubiese alineado todavía con ellos hasta el límite extremo consentido por el quinto mandamiento.

Un saludo afectuoso, mío y de los chicos».

Así entendemos que, a sus ojos, la relación escuela-entorno, no podía quedar en mimetismo servidor. No podía limitarse a conocer las apetencias o necesidades de un grupo humano y plantear estructuras de respuesta. A sus ojos esto podía suponer la gran traición de hacer el juego al sistema establecido disfrazándose de modernidad. La relación escuela-entorno, en cambio, debía ser incluso violenta. La sociedad de los pobres no es justa y por tanto la escuela debía encarnarse no en el presente sino en el cambio.

Así, la fuente de su creatividad no fue el conocimiento del presente sino la formulación de unas esperanzas para el presente. La suya fue escuela de objetivos más que de programaciones.

Por eso, con ser importantísimo su sentido de pertenencia y de compromiso con todo aquel que buscara un mundo más justo, él iba siempre más allá. No podía bastarle el mundo de los hombres, aun en la más justa de las sociedades. Amaba su entorno porque en él le llamaba Dios.

«...Tienes razón, sí, tienes razón; entre tú y los ricos, serás siempre tú, el pobre, quien tengas razón.

Hasta cuando tengas el error de empuñar las armas te daré la razón.

Pero qué pequeña es la palabra que me has hecho decir. Que poco capaz de abrirte el paraíso esta frase justa que me has hecho decir. Pipetta, hermano, cuando por cada una de tus miserias yo padezca dos miserias, cuando por cada una de tus derrotas, yo padezca dos derrotas, Pipetta, aquel día —deja que te lo diga enseguida— no te diré ya como te digo ahora: «tienes razón». Aquel día, por fin, podré volver a abrir la boca para el único grito de victoria digno de un sacerdote de Cristo: «Pipetta, te has equivocado. Bienaventurados los pobres porque es suyo el Reino de los cielos».

Pero el día que hayamos derribado juntos las verjas de algún jardín e instalado juntos la casa de los pobres en el palacete del rico, acuérdate de esto, Pipetta, no te fíes de mí; aquél día te traicionaré.

Aquel día no me quedaré allí contigo. Me volveré a tu casucha húmeda y maloliente a rezar por ti ante el Señor crucificado. Cuando no tengas ni más hambre ni más sed acuérdate de esto, Pipetta, aquel día te traicionaré. Aquel día, podré cantar, por fin, el único grito de victoria digno de un sacerdote de Cristo: «Bienaventurados los... hambre y sed».

En el fondo, si hoy nos interesa don Milani, no es por lo que hizo sino por lo que fue.

Así la gran dimensión de su vida, el eje dominante que lo estructura todo, es su fidelidad, su vocación. Lo que él encerraba en el lema «I care» («me preocupa», «es mío», «me siento concernido»). En su escuela de Barbiana estaba así expresado, en inglés, para recordar a todos que en la vida sobran los contempladores, los analistas de la realidad que cuidan muy mucho de distanciarse respecto del objeto de su atención.

Pero ¿por qué insistir? Lo dice suficientemente su testamento:

«Querido Michele, querido Francuccio, queridos chicos:

No tengo ninguna deuda con vosotros, sino sólo créditos. Sin embargo, con Eda, sólo deudas y ningún crédito. Sacad las consecuencias tanto en el plano efectivo como en el económico.

Un abrazo afectuoso, vuestro

Lorenzo».

«Queridos todos los demás:

No os ofendáis si no os he mencionado. Esto no es un documento importante, sino sólo un reglamento de las cuentas de casa (lo que tenía que decir lo he dicho estando vivo hasta aburriros).

Un abrazo afectuoso, vuestro

Lorenzo».

«Querido Michele, querido Francuccio, queridos chicos:

No es verdad que no tengo deudas con vosotros: ¡lo he escrito para dar fuerza al asunto!

Os he querido más a vosotros que a Dios, pero tengo esperanza en que El no esté atento a estas sutilezas y haya escrito todo a su cuenta.

Otro abrazo, vuestro

Lorenzo».

De Don Milani existen en castellano sus dos obras básicas:

- *Maestro y cura de Barbiana (Experiencias Pastorales)*, Marsiega, Madrid, 1975.
- *Carta a una maestra*, Nova Terra, Barcelona, 1970.

Son fascinantes sus cartas, publicadas en italiano:

- *Lettere de Don Lorenzo Milani, priore di Barbiana*, Mondadori, Milano, 1970.
- *Lettere alla mamma*, Mondadori, M., 1977.

En su momento le dedicamos un número, monográfico, de *Sinite* a su obra. Fue el 49 (enero-marzo, 1976).

Como la mejor presentación de su persona y de su obra:

- J.L. Corzo, *L. Milani, maestro cristiano*, UPS, Salamanca, 1981.

Existe hoy el M.E.M. (Movimiento de Educadores Milanianos), con sede en Salamanca, c. Santiago, 1. La Asociación publica un boletín periódico.